

## JAFFA.

*Martes 6 de Marzo.**Jaffa—Sus calles.—Sus jardines.—Sus animales.—El hombre—La Aduana.—La casa de Simon el Curtidor.—Doña Simona.—Mi salida.*

## I.

Jaffa, esa ciudad más antigua que el Diluvio; esa ciudad por más de un concepto célebre, donde Noé construyó el arca que unió las generaciones antediluvianas con las generaciones que han vivido y viven despues de aquel cataclismo universal; donde Jonás se embarcó huyendo de los mandatos de Dios; donde desembarcaban los cedros del Líbano para construir el templo de Salomon; donde San Pedro vivió algun tiempo y tuvo la mistica vision de los animales puros é impuros; Jaffa ó Joppe ó Zaffo, de cuya historia nos ocuparémos en otro lugar, es hoy un pueblo compuesto de ruinas, de edificios sombríos, y de calles tan angostas y sucias como las de todos los pueblos orientales, que yo he visto en mi viaje: aquel país no tiene hoy el sentimiento de la limpieza; pero la posicion de Jaffa es seductora; por Occidente un mar siempre bravo rompe las olas en sus calles, destrozando alguna vez las casas; y al Sur y al Norte y al

Oriente la rodean bellísimos jardines, extensos naranjales de una frondosidad tan fecunda, de perfumes tan seductores, que idea exacta de ellos formarse no puede, quien una vez siquiera no se haya librado del sol bajo sus ramas, quien una vez siquiera no haya aspirado la embriagadora esencia de aquel azahar.

Fundada Jaffa en una colina ovalada, que sigue la direccion del mar, prouduce al ser descubierta desde el buque entre las neblinas de la mañana por el anhelante viajero, bien sea su alma la de inspirado vate, bien la de fervoroso peregrino, afecciones tan nuevas y tan profundas, que por algunos momentos la narcotizan con su esencia sublime.

Yo no estuve en Jaffa entónces mas que cuatro ó seis horas; pero como al regreso de Jerusalem, me detuvieron en ella las tempestades cinco dias, la conozco tan bien como el pueblo para mí más conocido de España. Fragmentos de una gruesa muralla la defienden del mar; puertas de construccion antigua, pero ya descuidadas, se abren en el muro de tierra; en sus calles estrechas, largas, ruinosas y sucias, se encuentran á toda hora tendidos los perros, las cabras, los borricos, los camellos y los hombres, todos revueltos. Las cabras, como las del resto de la Palestina, son pequeñas, de un color tan oscuro que casi llega á negro, con una protuberancia en el frontal, que baja hasta el hocico, y con unas orejas tan largas y tan e idas á

lo podenco, que cuando pastan, les arrastran uno ó dos centímetros por el suelo; los perros son pequeños, erguidos y de extraordinario instinto; los burros no pertenecen á la raza viva, esbelta y traviesa del Egipto, sino á la pesada de España; en cuanto al animal de instinto por excelencia, es decir, en cuanto al camello, los he visto de dos clases, algunos, muy pocos, de pelo castaño, no muy altos y no muy corpulentos, que son los que conocemos en Europa; pero los que más abundan son de color de ceniza y de dimensiones colosales, pudiendo asegurar que sólo en altura pasan un metro á los de pelo castaño. ¡Y el hombre?..... ¡Dolor me causa decirlo! ¡Cuánto me hizo sufrir durante mi viaje!..... Parece que no ocupa en la jerarquía animal un lugar más excelente que el perro, ni la vaca, ni el camello: con ellos vive, como ellos se tiende en la calle y en el campo, como ellos va desnudo, á excepcion de un pedazo de túnica, que salva su pudor, y como el camello dirige al europeo una constante mirada triste y recelosa.

En Jaffa hay, segun me dijeron, dos fuentes; yo no he visto mas que una, en la cual aseguran con religioso orgullo los árabes cristianos, que muchas veces bebió agua la hija de Joaquin y Ana, el consuelo de los aflijidos, la rosa de Jericó, la estrella de los mares, la purísima María. ¡En qué consiste que los cristianos y los musulmanes pronuncian con encanto este nombre? La fuente de que hablamos se encuentra saliendo de Jaffa, al comen-

zar los jardines, á los cuales debemos dedicar dos palabras, que bien merecedores son de ello, por sus inconcebibles espesura y frondosidad.

Los naturales de Jaffa llaman sus "jardines" á sus "naranjales;" estos naranjales se hallan cercados por gruesos é impenetrables muros de espinosos nopales; y en aquellos bosques de naranjos siempre con fruto y con flor, que embalsama la atmósfera, nacen muchos granados y alguna otra palmera. Si no temiese rebajar los frutos del Indostan, que he oido encomiar á sabios viajeros que conmigo han hecho la travesía de Alejandría á Brindis, diria que las naranjas de Jaffa son las primeras naranjas del mundo. De color carmin oscuro, tan grandes como regulares melones, tienen una cáscara, que si bien gruesa se desprende sin dificultad para ofrecer al árabe un fruto tan fresco como el agua de nieve y tan dulce como la azúcar clarificada; todas las caravanas van siempre provistas de naranjas, y cuando hacen alto en la pequeña sombra que ofrecen una roca ó una palmera, distantes tres ó cuatro leguas del manantial más próximo, yo lo he visto, sacan de su acémila cada uno una colosal naranja, y contemplándola alguno cariñosamente, exclama con gozo:—«aquí tenemos comida y bebida.» ¡Ah!..... ¡Con cuánta delicia recuerdo yo los dias que pasé entre los árabes!..... ¡Qué vida tan nueva para mí!..... ¡Qué vida tan natural, tan inocente y tan sencilla!.....!

D. Francisco Guerrero, sacerdote y maestro de

capilla, que hizo su viaje á tierra Santa en el año 1588, dice que no habia convento en Jaffa, y que tuvo que pagar á un árabe por que le permitiera dormir en su barca por no verificarlo en la calle, expuesto á la intemperie y á la crueldad de los turcos; Fray Antonio del Castillo, autor de «El Devoto peregrino,» que hizo su viaje en 1626, no se detuvo ni un momento en Jaffa, porque casi no habia otra cosa que ruinas; el célebre poeta Chateaubriand, que lo verificó en 1806, asegura que los frailes franciscanos lo recibieron en su humilde convento de tablas; hoy no sucede esto: hoy los frailes franciscanos, aquellos justos varones, dedicados en lejanos países á la oracion y á la caridad, tienen en la orilla del mar, del mar surcado por el indomable Leviatan, un convento de piedra sillar, que puede tomarse por un castillo, y junto al de los frailes católicos, llamados allí «latinos,» se levanta el de los cismáticos griegos.

## II.

Volvamos algunos momentos atrás. Así que yo salté á tierra entré en la aduana, que es un portal tan oscuro, tan húmedo y tan súpico, que no le exceden en repugnancia las cárceles de España: un turco comenzó á registrarme con escrupulosidad

tal, que hasta llegó á faltar al decoro; pero como entonces se acercara á mí otro turco y me dijera al oído en francés—«dele vd. algunas monedas,» le entregué un franco y de repente cesó el registro. Acto contínuo pasaron mi equipaje al gran portal del convento, célebre castillo en la apariencia de la edad media; en aquel portal nos encontramos á la vez gran número de peregrinos de muchas naciones de Europa y de América, y no es fácil describir ni comprender el especial alboroto que allí se armó con tanta gente, que en distintos idiomas buscaban sus equipajes; con tanta gente, que en distintos idiomas pedia habitacion que no ha, sobre cuyo alboroto descollaban los guturales gritos de los árabes, que nunca hablan bajo. Los pobres frailes con una dulzura ejemplar, con una amabilidad fabulosa, trataban de tranquilizar y de complacer á todos.

Yo subí en seguida á visitar al presidente de la comunidad fray Casto Amado, á quien presenté una carta del conde de Casa-Sarria; aunque entraron al mismo tiempo que yo algunos peregrinos, personas importantes, todas las atenciones fueron para mí. Me dijo aquel padre, que hacia tiempo se me aguardaba, porque el embajador de Constantinopla habia dado aviso oficial de mi viaje. Despues que se retiraron los demás peregrinos, me sirvieron chocolate á la española con bizeochos, lo que agradecí mucho, porque en todo el Egipto habia tomado por chocolate una agua teñida de

cierta sustancia sin gusto, que llamaban chocolate. El mismo presidente me condujo á mi habitacion, á la sala de los cónsules, que siento mucho no éntre en el objeto ni en las proporciones de este libro describir. El mismo presidente envió un parte á Ramma, manifestando que aquella noche iria á dormir allí el comisionado del Gobierno español. Debo hablar con franqueza; yo estaba preocupado en aquel momento, primer momento de mi permanencia en tan antigua ciudad, y más que sostener la conversacion que de España y su Gobierno suscitó el referido fray Casto Amado, de quien conservo gratisimos recuerdos, queria estudiar la naturaleza fisica, aprender las costumbres de aquellos habitantes tan extraños á nuestra manera de ser, y mi espíritu no podia desechar el cúmulo de reflexiones que lo oprimian; yo pensaba que me encontraba en Tierra Santa; yo recordaba, digo mal, á mi mente affluian con espontaneidad tantos y tantos sucesos como de Jaffa consigna la Biblia; el arca de Noé se construyó allí: las naves de Iram desembarcaban en aquel muelle; en aquel mar pescó San Pedro; la Virgen María pisó aquellas calles..... Yo estaba en aquella tierra, santo teatro de tan seductoras escenas, como nos refiere el libro inspirado; yo pisaba ya aquel suelo que tantas veces habia anhelado besar, cuando siendo aun niño leia con respeto la Biblia en mi pueblo, en compañía de mis padres..... ¡qué extraño es que las grandes, que las profundas emociones que en

mí producía Jaffa como entrada de la Tierra Santa, despertaran las suaves emociones, las emociones más dulces de mi dulce infancia? esas primeras emociones, que constituyen nuestro sér, y que si muchas veces amortiguan las desgracias posteriores del vivir, nunca mueren en nuestro corazon.

### III.

Una hora haria que me encontraba en la ciudad de Jaffet, cuando acompañado del dragoman del convento, me dirigí á ver la casa de Simon el Curtidor, donde estuvo hospedado San Pedro, y donde comenzando á orar descubrió en célica vision un lienzo en el que aparecieron estampados multitud de animales puros é impuros, escuchando una voz sobrenatural que dijo: «come de todos» es decir, «predica el Evangelio no solo á los judíos sino tambien á los gentiles.» Tal ha sido su interpretacion. Esta casa, que hoy es una de las mezcquitas de la ciudad, se halla compuesta de un sùcio pórtico de piedra, en el que se abre una puerta vieja, que da entrada á una sala cuadrada de piedra con bóveda tambien de piedra, como todas las de la Palestina, y con algunos retazos de estera tendidos en el suelo. Allí adoró á Cristo San Pedro en un tiempo; allí adoran hoy los musulma-

nes á su falso profeta. Al regresar de la casa de Simon el Curtidor, visité á Doña Simona Sainz para quien llevaba cartas del conde de Casa-Sarria; tambien doña Simona Sainz esperaba mi visita, que le habian anunciado desde Constantino-  
pla. Era doña Simona Sainz una señora de sesenta y tantos años de edad, natural de Vitoria, que vendió su patrimonio y marchó á los Santos Lugares, habiendo hecho voto de morir en ellos. En Jaffa fundó una escuela gratuita para educar á las hijas de los árabes y de los turcos; como en Palestina hay tanta miseria, ella tenia que vestir á algunas de sus alumnas, ella tenia que dar de comer algunos dias á muchas, que al comenzar la clase no se habian desayunado, y ella soportaba con heróica resignacion la pobreza á que iba quedando reducida. Su casa era humildísima, su escuela una habitacion de piedra con suelo de tierra, con algunas bancas y mesas viejas, y una estampa de María pegada en la testera. Esta buena señora, que salió á despedirme cuzando partí para España, al embarcadero, y que no se retiró de él hasta que mi barca salvó el peligro de las rocas, murió sola, sola y descuidada, el 28 de Julio del año de 1877.

A la una comimos en el refectorio de los peregrinos; comiendo estábamos en compañía del vicecónsul de Jaffa, que habia ido á visitarnos, cuando se presentó D. Carlos Español, Vicecón-

sul de Jerusalem, tomó café y dispusimos nuestra marcha á Ramma. Nos sirvió la comida un fraile llamado Fray Bernardino, y los postres y el café un árabe cristiano. A media comida nos encontramos cuando entró doña Simona, que me regaló para que trajera á España algunas labores, de las que ya hacian sus educandas: despues de comer entró á visitarnos toda la comunidad con el presidente fray Casto Amado. Lamartine, Chateaubriand y otros ilustres viajeros, que con las galas de su elocueute pluma han descrito los Santos Lugares, han encomiado la inocencia y la plácida alegría que reina en los semblantes de los franciscanos de Tierra Santa: cuanto han dicho aquellos ilustres escritores es pálido; el trato de aquellos frailes edifica; sin rebajar un punto la dignidad de su clase, son joviales; en su mirada se pinta la tranquilidad de su alma, y aunque no lo manifiestan con marcados signos exteriores, rebosa en ellos el gozo al recibir noticias de su patria. Confieso que pasé un agradable rato con los frailes de Jaffa. Terminada la comida, si no por indicacion, al ménos con manifiesta aprobacion del presidente cargué mi revólver, que ya otra vez habia cargado para ir de Suez á las orillas del Mar Rojo; y como el dragoman del convento tenia arregladas las condiciones de nuestro viaje, partimos á las tres para Ramma. Sin que el presidente fray Casto Amado lo advirtiera, porque

de antemano me lo habia prohibido, hice, como era mi deber, una limosna al convento.

### RAMMA.

*Martes 6 de Marzo.*

*La casa del soldado.—Nuestra pequeña caravana.—Corzas raras, pájaros.—Nuestra llegada.—El taller, hoy capilla, de Nicodemus.—La Torre de los Mártires.—La celda de Napoleon.—La Virgen de la Almudena.—Los leprosos.—La partida.*

#### I.

Ramma, Ramble, Rámata ó Arimatea, dista de Jaffa tres leguas. Su aspecto es miserable; el carácter de su construcción, como el de todos los pueblos de la Palestina, casas de piedra sin tejas, con una azotea y una bóveda también de piedra, á cuya bóveda dan el nombre de CUBBÉ; pueblos que revelan un pasado grande y un presente pequeño; pueblos formados en su mayor parte de ruinas; pueblos menores que sus cementerios, lo cual demuestra que aquellos caminan ménos lentamente á su extinción.

Hoy el viaje de Jaffa á Jerusalem no es tan peligroso como en otro tiempo, porque además de varias circunstancias, que explicaremos en el tras-

curso de esta obra, el sultan ha mandado construir en dicho camino varios edificios, que los naturales llaman BET EL-ASCAR, *la casa del soldado*; los cuales sirven de puestos avanzados. Esos edificios recortados todos por un mismo patron, se componen de dos cuerpos de piedra sillar: el inferior es un cubo grande, terminado en almenas de impaje: el superior es otro cubo más pequeño, terminado también en almenas de impaje, colocado sobre el superior; su forma total es elegante: en cada uno de estos castilletes vive un soldado de caballería, teniendo el caballo en el primer piso, y ocupado él el segundo. Cuando se consuma un robo ó un asesinato, el soldado que adquiere noticia de ello, planta entre los impajes de su torre una bandera si es de día, ó un farol si es de noche. Como dichos fortines se encuentran á la vista el primero del segundo, el segundo del tercero y así sucesivamente, se reproduce en pocos momentos esta señal telegráfica en todos, salen todos los soldados, y corriendo por aquellas extensas llanuras ó por aquellas elevadas montañas, siempre dan alcance al ladron ó al asesino. A pesar de esta policía que ofrece bastante seguridad en el camino de Jaffa á Jerusalem, he observado en todos los viajeros por la Palestina, y más en los del país que en los extranjeros, marcada tendencia á unirse unos con otros para marchar juntos aunque no se conozcan; más, aunque no se hablen en todo el